

*Recensión del libro “La desconocida historia de la mediación papal”
de Ernesto Videla Cifuentes*

ARMANDO CARTES MONTORY

Uno de los episodios más dramáticos de nuestra historia reciente, es el conflicto limítrofe con la República Argentina, que nos tuvo al borde de una guerra. Dio lugar a una larga negociación diplomática, primero directa y luego acogida a la mediación papal. Sobre este proceso existe una amplia bibliografía, pero se carecía hasta ahora de un trabajo propiamente historiográfico y no meramente testimonial.

Las obras chilenas más conocidas, en efecto, debidas a las plumas del diplomático Enrique Bernstein y del académico Santiago Benadava, aunque emanadas de grandes especialistas que protagonizaron diversas etapas de la negociación, participaban ambas del carácter de meros recuerdos personales. Así lo señalan los propios autores. El embajador Bernstein, quien dedicó el tomo IV de sus *“Recuerdos de un diplomático”* a la mediación pontificia, aclaró: *“Quiero dejar expreso testimonio de que no es mi intención escribir la historia de la mediación pontificia, que es muy amplia. Me limitaré sólo a relatar hechos en que me correspondió participar, y anécdotas que pueden interesar a quienes, más tarde, escriban sobre todos los aspectos de este proceso”*. En similares términos, Santiago Benadava también precisa que sus *“Recuerdos de la mediación pontificia”* no son una historia de la mediación: *¿Cómo escribir una historia que se desarrolló en un variado espectro de escenarios, apunta, y que ocasionó reuniones, negociaciones y decisiones a diversos niveles, en Argentina, Chile y el Vaticano?* Por eso lo suyo son episodios y anécdotas y un perfil de los protagonistas, un ensayo de recrear el ambiente que entonces se vivió.

De manera que una historia de la mediación estaba pendiente. Esa explicable omisión, atendida la cercanía de los hechos que aconsejaba prudencia, ha quedado superada de manera definitiva, con la obra objeto de la presente recensión. Se debe a una de las plumas más capacitadas para escribirla, alguien que fue a la vez actor y cronista de los hechos que reseña. Nos referimos a don Ernesto Videla Cifuentes. Le ayudan su temperamento acucioso y detallista, así como los 30 volúmenes de notas, que acumuló en esos años. Con ellos, dio origen a un texto de 712 páginas, denominado *“La desconocida historia de la mediación papal”* dividido en 2 partes, con 6 y 7 capítulos, construidas con criterio cronológico. La primera, lleva por epígrafe *“negociaciones directas”*, y cubre los años 78 y 79; la segunda, llamada *“mediación ante la Santa Sede”*, trata de los años 80 al 85. La obra incluye anexos e índices cronológicos y onomásticos. Fue publicada a fines de 2007, por Ediciones de la Universidad Católica de Chile y ya ha debido ser reimpresa, en atención al alto interés que despertó la obra.

Es un trabajo exhaustivo, un enorme acopio de información, pero no exento de animación y aun de dramatismo. La sutileza del análisis jurídico y del juego de la negociación, permiten extraer importantes lecciones. Aunque a veces el lector tiende a confundirse, entre tantas notas de protesta y propuestas alternativas de límites marítimos, hay muchos elementos de interés. A pesar de que parte importante de la documentación se mantiene en reserva, en particular los archivos vaticanos,

estamos ciertos que ya sólo servirán para corroborar el texto que presentamos. En síntesis, se trata de un texto definitivo, escrito con perseverancia y rigor académico, que sin duda va a perdurar.

Don Ernesto Videla, el autor, hizo sustanciales aportes a la mediación, a través de los años en que se prolongara. Desde la Dirección de Planificación de la Cancillería; luego como Coordinador del Comité Asesor y después como Subsecretario de Relaciones Exteriores. De sus contribuciones, Bernstein y Benadava han dejado testimonio. Durante los días más duros de la crisis, a fines de 1978, hay constantes reuniones entre el Canciller Hernán Cubillos y el Grupo Asesor. Lo integran Enrique Bernstein, Helmut Brunner, Julio Philippi, Francisco Orrego y Santiago Benadava, entre otros. Pero *“el colaborador más inmediato del Canciller en el grupo Asesor, dice Benadava, es el entonces comandante Ernesto Videla Cifuentes, Director de Planificación de la Cancillería, quien habría de tener más tarde un papel importante en la mediación pontificia. Ernesto Videla no se da un momento de reposo: coordina el grupo Asesor, presenta análisis globales de la relación chileno argentina, reúne antecedentes, propone pautas de acción, informa a nuestras embajadas en el extranjero, toma extensas notas de nuestras reuniones, informa a los Estados Mayores de las Fuerzas Armadas. No pierde un minuto. Jovial, eficiente y activo, absorbe con enorme facilidad los aspectos técnicos y jurídicos. Su tino, inteligencia y simpatía personal ayudan a superar los inevitables contratiempos. Su trato es cordial y se entiende a maravilla con el Canciller y los demás integrantes del Grupo Asesor”*.

En términos similares se expresa Enrique Bernstein. Menciona a sus colaboradores, primero en el Comité Asesor del Ministerio y luego como Embajador ante la Santa Sede, *“muy en especial a la dirección de planificación, a cargo del coronel Ernesto Videla, caballeroso, inteligente e imaginativo, con quien me ligaba ya una sólida amistad”*.

Todo el proceso está marcado por su intervención. En diciembre de 1978, cuando la situación se mostró muy tensa, el entonces Coronel Videla lanzó la idea de recurrir eventualmente al tratado TIAR, por la inminente amenaza a la paz que significaba la actitud argentina. Por otra parte, uno de los aspectos más complejos de la mediación fue el tema del estrecho de Magallanes. El cardenal Samoré llegó a pedirle al embajador Bernstein no referirse a él en presencia de los argentinos. Ernesto Videla más tarde negociaría personalmente la delimitación del Estrecho, pues, aunque no era parte del laudo, sabía que podría traer graves problemas en el futuro. Se logró que Argentina renunciara a su pretensión de ser coribereño y cogarante en esa importante ruta oceánica. Además, en conversaciones directas con el canciller argentino Dante Caputo, acordó la inclusión de un sistema de arbitraje obligatorio. Si lo anterior no fuera ya bastante, entonces recordemos una tarde de domingo, en el caluroso verano de Roma, en que el embajador Benadava conversaba con Ernesto Videla. Este le sugiere redactar un anteproyecto de Tratado que incorporara lo ya logrado. Se encerraron, sin ayuda de nadie y a las 4 de la mañana surgió el primer borrador, del que luego sería el Tratado de Paz y Amistad.

Del libro en comento se desprenden varias lecciones, útiles para los hombres de derecho y para la correcta conducción de las relaciones internacionales. En primer término, la importancia de la unidad del mando y del país entero, para enfrentar los problemas externos. El cardenal Samoré quedó muy impresionado por el hecho de que mientras todos los chilenos, funcionarios o no, que desfilaban por su despacho, repetían la misma tesis sobre el diferendo, no ocurría lo mismo en el campo argentino. Argentina, en cambio, sufría el problema de la dispersión del poder, lo que dificultó mucho la negociación.

El sentido de país alcanzó a la selección, sin criterios partidistas, de los negociadores. Los embajadores ante la santa sede, Enrique Bernstein y Santiago Benadava, eran demócratacristiano el primero y no creyente el segundo. Ambos eran cercanos a la oposición al gobierno militar. La unidad frente al conflicto se extendió en Chile a la sociedad entera. El Cardenal Silva Henríquez, en sus Memorias, afirma: *“el temor a la guerra y la inmensa responsabilidad de la paz, habían conseguido unirnos más allá de todas las diferencias ocasionales”*. Le dijo al Canciller René Rojas *“somos hermanos*

de una sola causa, ministro. El, laico, militante, masón, funcionario en la etapa más conflictiva de las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno, le respondió: así es, señor cardenal, así es. Quizás sea un buen motivo de orgullo”.

Una segunda lección que es posible extraer, consiste en que sólo al amparo del derecho y la justicia se construye una paz duradera. A los países pequeños como Chile, sólo puede ampararlos el Derecho. Chile, país fundador de Naciones Unidas y de tantos otros acuerdos, respetó e hizo respetar el contenido esencial del laudo arbitral, entregado al honor de las partes. Y no fue sólo porque nos hubiesen dado la razón. Dos décadas más tarde, un nuevo laudo, ahora sobre la Laguna del Desierto, puso a prueba nuestro apego al Derecho. Enfrentados a un fallo adverso, hubo críticas políticas a la conducción del conflicto, pero ni una voz se alzó en Chile para desconocer el fallo.

La firme posición chilena en el Beagle, se basaba en la solidez de sus títulos. Mientras Chile, durante la mediación, pudo evidenciar más de 700 actos de soberanía, entre 1892 y 1915, Argentina no pudo presentar ningún mapa anterior a 1955, que mostrara las islas Picton, Nueva y Lennox como argentinas. Pero de hecho Argentina llegó a reclamar hasta diez islas, sin mayor fundamento. Por eso el cardenal Samoré, según cuenta el obispo argentino Monseñor Justo Oscar Laguna, le señaló: *“en la larga historia de los conflictos y controversias limítrofes era la primera vez que un país reclamaba como soberano, un lugar donde jamás había puesto un pie”*. El tratado no hizo mención al Laudo, pero la delimitación marítima acordada implica un reconocimiento implícito de él, pues habla de *“la delimitación existente”*. En definitiva, se obtuvo el respeto de la soberanía chilena sobre todas las islas. Una concesión en ellas habría significado desconocer sus derechos; destruir la posición estratégica de Chile y, con toda seguridad, una fuente de nuevos conflictos.

Hoy Chile y Argentina encaran unidos su futuro. Se han abierto nuevos pasos fronterizos; avanza la integración económica, hay un intenso turismo y muchas iniciativas conjuntas, como la Fuerza Binacional de Paz Cruz del Sur, inaugurada hace unos meses. Salvo situaciones puntuales, hay armonía y cooperación. El triunfo de la paz fue el principal logro de aquella década, sin la cual el desarrollo actual no sería posible.

Son éstas algunas de las lecciones que se desprenden del macizo trabajo de Ernesto Videla. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que a partir de la publicación de *“La desconocida historia de la mediación papal”*, ésta ha dejado de serlo.

